

- D. ALVARO. Hermano, es necesario salvar un alma, socorrer á un moribundo: venid á darle el auxilio espiritual.
- D.^a LEONOR. (*Dentro.*) Imposible, no puedo, retiraos.
- D. ALVARO. Hermano, por el amor de Dios.
- D.^a LEONOR. (*Dentro.*) No, no, retiraos.
- D. ALVARO. Es indispensable, vamos. (*Golpea fuertemente la puerta.*)
- D.^a LEONOR. (*Dentro tocando la campanilla.*) ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA X

LOS MISMOS Y D.^a LEONOR, *vestida con un saco, y esparcidos los cabellos, pálida y desfigurada, aparece á la puerta de la gruta, y se oye repicar á lo lejos las campanas del convento.*

- D.^a LEONOR. Huid, temerario; temed la ira del cielo.
- D. ALVARO. (*Retrocediendo horrorizado por la montaña abajo.*) ¡Una mujer!... ¡Cielos!... ¡Qué acento!... ¡Es un espectro!... Imágen adorada... ¡Leonor! ¡Leonor!
- D. ALFONSO. (*Como queriéndose incorporar.*) ¡Leonor!... ¡Qué escucho? ¡Mi hermana!
- D.^a LEONOR. (*Corriendo detrás de don Alvaro.*) ¡Dios mio! ¿Es don Alvaro?... Conozco su voz... Él es... ¡Don Alvaro!
- D. ALFONSO. ¡Oh furia! Ella es... ¡Estaba aquí con su seductor!... ¡hipócritas!... ¡Leonor!!!
- D.^a LEONOR. ¡Cielos!... ¡Otra voz conocida!... Mas ¿qué veo?... (*Se precipita hacia donde ve á don Alfonso.*)
- D. ALFONSO. ¡Ves al último de tu infeliz familia!
- D.^a LEONOR. (*Precipitándose en los brazos de su hermano.*) ¡Hermano mio!... ¡Alfonso!

FIN DEL DRAMA

- D. ALFONSO. (*Hace un esfuerzo, saca un puñal, y hiere de muerte á Leonor.*) Toma, causa de tantos desastres, recibe el premio de tu deshonor... Muero vengado. (*Muere.*)
- D. ALVARO. ¡Desdichado!... ¿Qué hiciste?... ¡Leonor! ¿Eras tú?... ¿Tan cerca de mí estabas?... ¡Ay! (*Sin osar acercarse á los cadáveres.*) Aun respira... aun palpita aquel corazón todo mio... Angel de mi vida... vive, vive... yo te adoro... ¡Te hallé, por fin... sí, te hallé... muerta! (*Queda inmóvil.*)

ESCENA ULTIMA

Hay un rato de silencio; los truenos resuenan más fuertes que nunca, crecen los relámpagos, y se oye cantar á lo lejos el Miserere á la comunidad, que se acerca lentamente.

- VOZ DENTRO. Aquí, aquí; ¡qué horror! (*Don Alvaro vuelve en sí, y luego huye hacia la montaña.—Sale el P. Guardian con la comunidad, que queda asombrada.*)
- P. GUARDIAN. ¡Dios mio! ¡Sangre derramada! ¡Cadáveres!... ¡La mujer penitente!
- TODOS LOS FRAILES. ¡Una mujer!... ¡Cielos!
- P. GUARDIAN. ¡Padre Rafael!
- D. ALVARO. (*Desde un risco, con sonrisa diabólica, todo convulso, dice:*) Busca, imbécil, al P. Rafael... Yo soy un enviado del infierno, soy el demonio exterminador... Huid, miserables.
- TODOS. ¡Jesus!
- D. ALVARO. ¡Infierno, abre tu boca y trágame! ¡Húndase el cielo, perezca la raza humana; exterminio, destrucción!... (*Sube á lo más alto del monte y se precipita.*)
- EL P. GUARDIAN Y LOS FRAILES. (*Aterrados y en actitudes diversas.*) ¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia!

SOLACES DE UN PRISIONERO,

TRES NOCHES DE MADRID

COMEDIA EN TRES JORNADAS

PERSONAS

EL REY FRANCISCO DE FRANCIA, *galan.*
EL EMPERADOR CARLOS V, *galan.*
DOÑA LEONOR, *dama.*
DOÑA ELVIRA, *dama.*
EL CONDE, *barba.*
EL COMENDADOR, *viejo.*
DON HERNANDO DE ALARCON, *viejo.*

ANACLETA, *dueña.*
LEONARDA, *criada.*
PIERRES, *gracioso.*
TOMATE, *lacayo.*
UN ALCALDE DE CORTE.
TRES ALGUACILES.
RONDA, *con linterna.*

La acción pasa en Madrid en el año 1525.

ADVERTENCIA

Por complacer á mis amigos, individuos de la sección dramática del Liceo de Madrid, y por distraerme en una época muy embarazosa y llena de disgustos y de ansiedad, he escrito esta composición. No fué mi intento al emprenderla hacer un drama histórico ni una comedia de costumbres; ni me propuse pintar una pasión, ni retratar un carácter. Tampoco pretendí cumplir con la alta misión de poeta, dando lecciones al mundo, y mejorando la sociedad. Nada de esto. Mi intento fué sólo el de ocupar mi imaginación, y el de proporcionar á mis lectores u oyentes un par de horas de honesta diversión y entretenimiento, con lances verosímiles mejor ó peor enlazados, con un diálogo claro y agradable, y con los versos más sonoros y fluidos, que le es dado producir á mi pobre musa. Si lo consigo he llenado completamente mi propósito. Y ruego á los críticos de todas las sectas literarias, que tengan la bondad de no juzgar esta obra por las reglas que respectivamente profesan, pues no me he sujetado á ninguna al componerla. Júzguenme, pues, solamente por el placer ó fastidio que les cause la lectura ó la representación de esta comedia.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una calle de Madrid, de noche, y salen emborazados EL REY Y PIERRES.

- PIERRES. La noche está tan oscura que ni los dedos se ven, y si has de reñir también, no pegarme á mí procura, como anoche aconteció: pues cuando á palos andabas y á los músicos cascabas, un trancazo me alcanzó.
- REY. No habrá esta noche quimera; que no siempre hemos de hallar músicos que apalean.
- PIERRES. El cielo santo lo quiera, y darte juicio, señor.

TOMO II

- REY. ¿Y en qué me falta juicio?
- PIERRES. En buscarte un precipicio tras estos lances de amor. De que prisionero estás, y de que á hurtadillas sales donde es fácil que resbales, olvidado siempre vas; y emprendes á cuchilladas, sin temer ser descubierto, que va á ser el fin por cierto, señor, de estas escapadas. Y yo el que pague el escote, por ir siempre junto á tí.
- REY. ¿Qué pueden hacerte, dí?
- PIERRES. Nada: apretarme el gañote. Si el perrazo que nos cela oliese algo... ¡San Antonio!

39

con él el mismo demonio fuera un niño de la escuela.

REY. Advierto por cuanto dices que el alcalde es tu manía.

PIERRES. Lo traigo de noche y dia á caballo en las narices.

¿Y es viejo con quien se puede andar en burlas, señor?

REY. No á fe, que á nadie en valor y en noble entereza cede.

PIERRES. Pues verás...

REY. ¿Qué, majadero, si está en su cama roncando muy ajeno de que ando haciendo á damas terrero?

PIERRES. Si armas tanta batahola, metiéndote á espadachin, ha de descubrir al fin que le hacemos la mamola.— Mas si esta es la casa, ¿qué esperas?

REY. A que el reló dé las once.

PIERRES. Ya las dió.

REY. Mas la seña no se ve.

PIERRES. ¿Pese á la dueña ladina, y lo que esta noche tarda! Pues yo con un canto...

(Busca una piedra por el suelo.)

REY. Aguarda, que hácia aquí una luz camina.

(Asustado.)

PIERRES. ¿Una luz?... Sí. ¡Valga al diablo!... y mucha gente... ¡Ay de mí, que ya tenemos aquí al alcalde!... Guarda, Pablo. Retirémonos, si no...

REY. Sabe, para tu gobierno, que aunque viniese el infierno no he de retirarme yo.

PIERRES. A Dios... Pendencia tenemos.

REY. De mi acero á un solo amago la luz importuna apago, y luégo despues veremos.

PIERRES. Despues que apagues la luz, ¿qué, señor, hemos de ver?

REY. Toda esa gente correr.

PIERRES. ¿Son demonios, y tú cruz?

REY. (Saca la espada y vuelve á embozarse.) Si de estorbo has de servir, sepárate pronto á un lado.

PIERRES. ¿Que estorbo soy, has dudado, si se trata de reñir? (Se separa.) (Salen el ALCALDE, los TRES ALGUACILES, y otros que forman la RONDA, con una linterna encendida.)

ALCALDE. ¿Quién va á la ronda?... ¿Quién va? ¿Quién va á la ronda?

REY. Ni voy, ni vengo, que quieto estoy.

ALCALDE. ¿Y qué es lo que haciendo está?

REY. Tomando el fresco.

ALCALDE. Acercadle la luz y reconocedle; y si armas lleva, prendedle, y á un calabozo llevadle.

REY. (Aparte.) Con la justicia este enredo me pesa, que el ampararla es mi oficio; mas dejarla reconocerme no puedo.

ALCALDE. ¡Gran compromiso! (Alto.) Mirad... Nada hay que ver. Al momento mi superior mandamiento con ese hombre ejecutad.

REY. (Aparte.) ¡Grave apuro!... (Se desemboza, da de cuchilladas á todos y se apaga la luz.) (Alto.) Pues yo así me dejo reconocer, que ni al infierno poder le concedo sobre mí. (Vase.)

ALGUACIL 1.º Es un demonio

ALGUACIL 2.º (Cayendo atropellado.) ¡Ay!

PIERRES. (Aparte.) Con él me escurro, pues paso abríó. (Vase y lo sigue el alguacil tercero.)

ALCALDE. Favor al rey.

ALGUACIL 1.º Escapó.

ALGUACIL 2.º Pues que lo siga Luzbel. (Sacan luces á algunos balcones, se abre una puerta del fondo y sale EL COMENDADOR con espada y broquel, sin sombrero y como de casa.)

ALCALDE. (Reforzando la voz.) ¡Animo! favor al rey.

COMEND. A dárselo vengo yo, que del que noble nació el dárselo, y pronto, es ley.

ALCALDE. ¿Qué desórden ha ocurrido? Un hombre, que con malicia se resistió á la justicia, y que con ella ha reñido. A la espada mano echó, la luz matando, y valiente acuchillando á esta gente, sin saber cómo, se huyó.

COMEND. Detrás de él, señor alcalde, vamos.

ALGUACIL 3.º (Que vuelve cansado de haber perseguido á Pierres y al rey.) Imposible es. Yo que tengo buenos piés

le he seguido, pero en balde. La oscuridad le ha salvado; tomó por la callejuela, y no corre, sino vuela, y juzgo va acompañado.

COMEND. Un raterillo será.

ALGUACIL 1.º Debe ser gran malhechor.

ALCALDE. El es hombre de valor, mas quién es Dios lo sabrá.

COMEND. Señor, el desaire siento en que la justicia queda; si algo juzgais que yo pueda por ella hacer, al momento cumpliré vuestros mandatos, que á un hidalgo militar le toca siempre vengar semejantes desacatos.

ALCALDE. Hablais como bien nacido: que á la justicia del rey acatar, suprema ley de los nobles siempre ha sido. Mas gracias tan sólo os doy, pues no necesito nada. Esto es ya cosa acabada.

COMEND. A todo dispuesto estoy; y si descansar gustais esta es mi casa: os la ofrezco.

ALCALDE. Con el alma lo agradezco; como quien sois os portais. Es precisa obligacion seguir la ronda. (A la gente.) Encended esa linterna, y tened más piés ó más corazon. (Vuelve uno con la linterna encendida.) Dios os guarde, caballero; mil gracias, y descansad (Vase con toda la ronda.)

COMEND. Con cuánto valgo contad; con mi casa y con mi acero. (Vase.)

ESCENA II

Sala de una casa particular, con mesa y sillas, una puerta en el fondo, y salen D.ª LEONOR y D.ª ELVIRA, muy sobresaltadas ANACLETA y LEONARDA, cada una con un candelero en la mano y las velas encendidas.

D.ª LEONOR. El era, sin duda, Elvira, y acaso ya preso va.

D.ª ELVIRA. El era, segun la hora, y como no pudo entrar...

D.ª LEONOR. La tardanza de Anacleta...

ANACLETA. Señora, sin seso estás. No ha sido tardanza mia, ha sido que la señal no pude hacer, porque estaba el amo sin acostar.

LEONARDA. (Observando.) La calle se ha sosegado;

no suena una mosca ya, y el señor por la escalera sube y se nos viene acá.

D.ª ELVIRA. Disimula, prima mia, no dejes ver tu ansiedad, pues que vuelve nuestro tío y pudiera sospechar. (Sale EL COMENDADOR. Anacleta y Leonarda ponen las luces sobre la mesa.)

D.ª LEONOR. (Con ansiedad.) ¿Qué ha sido, señor, el lance?

COMEND. Nada ha sido en realidad, y mucho. Nada, porque el hombre sin hacer mal parado estaba en la calle; y mucho, porque insultar osó á la justicia. Nada, porque el hombre se fué en paz; mucho, porque ha apaleado á alguaciles y demás. Pero sosegado todo, y tranquilo queda ya. Sigue el alcalde su ronda, y el hombre, que es bravo asaz, ya descansando en su casa, si es que la tiene, estará.

D.ª LEONOR. ¿Con qué se salvó?

COMEND. Salvóse.

D.ª LEONOR. ¿Y ha habido sangre?

COMEND. No tal; trancazos y más trancazos, y voces, y nada más. Estas rondas de alguaciles son siempre cosa fatal. Sin motivo empeñan lances, por si hay algo que pescar; y en hallando resistencia al punto se hacen atrás, quedándose la justicia desairada, que es gran mal. Los soldados solamente son los que saben rondar, pues como nunca escribanos con ellos á ronda van, ni esperan recoger multas, no incomodan al que está sin hacer daño, y en viendo motivo, saben pegar. Ya es de recogerlos hora. Leonarda, baja al zaguan, y echa la llave á la puerta. Sobrinas, con Dios quedad. (Vase por la puerta del fondo, y vase Leonarda.)

ANACLETA. Si hace dos horas se hubiera

su merced ido á acostar,
de toda esta zalagarda
nos ahorráramos el mal.

D.^a LEONOR. Pues que se marchó mi tío,
otra vez mira si está
la calle sola, que acaso
aun puede volver don Juan.

D.^a ELVIRA. Dudo que vuelva esta noche.

ANACLETA. *(Figurando que se asoma á un balcon.)*
Es tanta la oscuridad
que nada se ve, señora.

D.^a LEONOR. No importa; pon la señal,
y está como siempre, alerta.

ANACLETA. Pondré el pañuelo, mas ya
aunque vuelva, muy difícil
ha de ser que pueda entrar.

D.^a LEONOR. Si torna, y entrar no puede,
por la reja del portal
ó por el jardín, si es pronto,
hablar conmigo podrá.

D.^a ELVIRA. ¿No fuera, prima, mejor...?

D.^a LEONOR. Tú lo que temiendo estás
es que el reló dé la una,
porque el mio y tu galan,
no se encuentren en la calle,
y la enrede Barrabás.
Pero son las once y media,
y yo cuidosa además
sabré evitar un encuentro.

D.^a ELVIRA. Sé que bien medido va
el tiempo, y que incomodarnos
es imposible jamás;
pero como por las verjas
del jardín dices...

D.^a LEONOR. Es tal
mi turbacion, que lo dije,
prima mia, sin pensar.
El jardín es tu terreno,
y en quietud lo gozarás.
Pues sabes, amada Elvira,
que sangre y cariño en tan
estrecho lazo nos unen,
que un alma somos no más.
Anacleta, atenta escucha,
y si notas...

ANACLETA. Descuidad. *(Vase.)*

D.^a LEONOR. *(Se sienta.)*
Supuesto que ya la dueña,
por mí alerta, en su balcon
espera con atencion
si acaso advierte la seña,
que anhela mi corazon;
y supuesto que Leonarda,
dentro de tu camarín,
el trinar del bandolin
cuidosa, cual siempre, aguarda,

para llamarte al jardín;
ambas, si no te importuna,
aquí podremos charlar:
puesto que me iré á acostar
en cuanto suene la una;
que no te he de incomodar.

Pero entre tanto que da,
como es, prima, el tiempo mio,
no te incomodo; y confio
que en tu amistad hallará
consuelo mi desvarío.

Pues estoy, te lo confieso,
tan enamorada, y tan
prendada de mi don Juan,
que tengo perdido el seso.
¿No es discreto?... ¿No es galan?

D.^a ELVIRA. *(Apoyándose en el respaldo de la silla
de doña Leonor.)*
No sé qué decir, Leonor,
recordando la altiveza
con que ornabas tu belleza,
al verte hoy con tanto amor
trastornada la cabeza.

D.^a LEONOR. Si lo consideras bien
de ese tu asombro saldrás.
Advierte que errada estás;
porque dime, prima, ¿quién
dió al amor reglas jamás?
Fué altivo mi pensamiento,
miéntras ninguna aficion
penetró en mi corazon;
logrólo una, y al momento
se mudó mi condicion.
Que por haber sido esquivia
un año, ni dos, ni tres,
preciso, prima, no es
que lo sea miéntras viva,
libre de todo interés.
Que el ser duro un corazon
no es culpa suya en verdad,
culpa es de la habilidad
de quien fuera de sazón
pretende su voluntad.
Y la altivez de mujer,
por mucho que quiera ser,
dura hasta que de su pecho
el camino más derecho
llega un venturoso á ver.

D.^a ELVIRA. Mas ¿cómo en tan pocos dias,
perdiendo tu altiva calma
á punto que desvarias,
pudiste rendir el alma
al amor que aborrecias?

D.^a LEONOR. ¡Ay, Elvira! del amor
no acontece la ruina
con el paso á que camina

lento el tiempo destructor:
es la explosion de una mina.
Y se dice dar flechazo,
herir con amor, porque
ni se aguarda, ni se ve;
llega de golpe y porrazo,
y sin saber cómo fué.
Y llama, prima, en rigor
que en encenderse retarda,
y obsequio y ruegos aguarda,
si acaso es llama de amor,
es una llama bastarda.
Que amor no quiere razon
para serlo, nace y crece
sin motivo ni ocasion,
y al mismo paso perece.
¿Quién comprende el corazon?

D.^a ELVIRA. Al cabo un aventurero,
galan sí, pero extranjerio,
que quién es no hemos sabido,
el afortunado ha sido,
que rinde tu pecho fiero.

D.^a LEONOR. No sé yo que para amar,
pues que no está en nuestra mano,
sea preciso examinar
si el galan es castellano,
extranjerio, ó de ultramar.
Y don Juan por ser francés,
no pierde nada á fe mia,
pues de su noble hidalguía
prueba harto patente es
su discreta bizarría.
Ni es, prima, un aventurero;
es un noble caballero,
que de caballero á ley
viene á servir á su rey,
que está en Madrid prisionero.

D.^a ELVIRA. Siempre anda en la noche oscura...
siempre ocultarse procura...

D.^a LEONOR. Al objeto con que viene
á España, tener conviene
gran recato y gran cordura.
(Con cariñosa malicia.)
Mas ahora voy contra tí,
pícara, que así me arguyes,
pues aunque mis ojos huyes,
no me la pegas á mí.
Pero no estás, ya se ve,
como estoy yo enamorada,
y puedes disimulada
caminar con cauto pié.

D.^a ELVIRA. *(Sonriendo.)*
Lo estoy, prima.

D.^a LEONOR. No lo estás;
lisonjeada sí.

D.^a ELVIRA. Leonor...

D.^a LEONOR. Con más orgullo que amor,
tras de un alto empeño vas.

D.^a ELVIRA. *(Fingiéndose ingenuidad.)*
¿Pues don Félix Coronel?...

D.^a LEONOR. Don... ¿qué?— Tu labio parece
que á ese nombre se entorpece
y que no atina con él.
¡Don Félix!!! Quién es tu cuyo,
hasta con él, aparentas
ignorarle, y así aumentas
más que tu delirio el suyo.

D.^a ELVIRA. *(Turbada.)*
¿Yo, prima?

D.^a LEONOR. Aunque eres discreta,
colorada te me has puesto,
y es seguro indicio esto
de que te acerté la treta.
En fin, en vano procuras
que yo quede convencida,
porque entre sastres, querida,
no se pagan las hechuras.
Que era extranjerio don Juan
me dijiste, y considero
que tambien es extranjerio
tu don... en fin, tu galan.
Y tambien, por vida mia,
se oculta, y hace muy bien.

D.^a ELVIRA. De tu malicia deten
el vuelo, que se extravía.

D.^a LEONOR. No se extravía por cierto,
ni se sale del camino,
y ese afan que de continuo
en tí, amada Elvira, advierto
de que no se hallen los dos
en la calle, es muy prudente;
y no es tuyo solamente,
que es tambien mio por Dios.
Tengo en ello gran cuidado,
con inquietud lo vigilo,
porque diz que siempre el hilo
quiebra por lo más delgado.
Ya, querida prima, ves
que aunque eres tan reservada,
nada se me oculta, nada.

D.^a ELVIRA. Penetracion grande es
la tuya, te lo confieso;
mas sospechas hay no más
de lo que afirmando estás.

D.^a LEONOR. Sospechas de mucho peso.

Sale ANACLETA

ANACLETA. *(A doña Leonor.)*
Ya es muy tarde, señorita,
y sin fruto el esperar;
podeis muy bien renunciar
por hoy á tener visita.